

4 REVISTA DEL DOMINGO 25-SEPTIEMBRE-2005

EL INFORME • MAESTROS EN LA FRONTERA

Aulas contra la exclusión

Los 17 maestros del colegio Gálvez Moll de Málaga, con su director, José López, al frente, logran el milagro cotidiano de enseñar a los niños con normalidad en un barrio, La Palmilla, azotado por la marginalidad, el 'menudeo' de drogas y el hacinamiento



Un grupo de alumnos de Primaria juega con globos en su clase del colegio Gálvez Moll.

ERNESTO OEHLER

Remedios Cuevas

Un hombre entra a una clase del colegio Gálvez Moll y dice así: "A ver, niños. ¿Cuántos de vosotros tienen a su padre o a su madre en la cárcel? Levantad la mano". La pregunta es de José López, director de este centro situado a sólo diez minutos del centro de Málaga, y no causa sorpresa ni extrañeza. Acto seguido, el 40 por ciento de los niños presentes levanta la mano con mucha naturalidad.

Podría ser un colegio cualquiera de la capital de la Costa del Sol, pero está en La Palmilla, una barriada azotada por la delincuencia vinculada al tráfico de drogas, con altos índices de paro y una tasa de analfabetismo que supera el 15 por ciento. Unos 70 de los 190 alumnos del centro tienen a alguno de sus progenitores en prisión, y portanto, viven con abuelos u otros familiares.

Así las cosas, lo que uno espera del Gálvez Moll es un centro tomado por maleantes en potencia, con profesores aterrizados por los alumnos y sus conflictivas familias y deseosos de lograr otro destino; de huir, en definitiva. Pero no sucede así. Los niños no hacen otra cosa que comportarse como niños y los maestros, como tales, con el plus de entrega y dedicación que requiere su oficio ante grandes carencias educativas y, en ocasiones, afectivas.

"Éste es un centro muy normal donde tenemos una gran cantidad de apoyos para que los niños reciban una atención personalizada", afirma su director, cansado de que se difunda la imagen de que los vecinos del distrito tienen unos servicios de segunda.

No niega López la problemática de esta barriada, que condiciona el día a día del centro. "Ocultar que un buen número de vecinos se dedican a actividades que no son habituales en otros sitios sería ir en contra de la verdad". Esa diferencia hace normales fenómenos inimaginables en otros sitios, como que los alumnos se ausenten para visitar a sus padres en la prisión. Y se dan casos chocantes, como que cada vez que el centro requiere la autorización paterna para alguna actividad es preciso que los niños se lleven el lápiz o el bolígrafo a sus casas porque muchos hogares carecen de todo útil de escritura. Eso sí, no suele faltar en los salo-

70 de los 190 alumnos del colegio Gálvez Moll tienen a alguno de sus progenitores en prisión

nes un televisor de plasma, el último modelo. En cambio, es habitual que los niños coman en el sofá por falta de mesa. O que los colchones reposen directamente sobre el suelo.

El director del Gálvez Moll se conoce al dedillo el microcosmos de La Palmilla. José López, Pepe para todos en el centro, lleva 25 años en la zona y no quiere irse, pese a que la exclusión social avanza a pasos de gigante. "Es que esto engancha", expone sin tapujos este maestro ya acostumbrado al trabajo



José López, ante los Servicios Sociales del barrio. E. O.

25 años al pie del cañón

José López, director del colegio Gálvez Moll de La Palmilla, cumple este año sus bodas de plata en el barrio. Y ha llorado mucho desde aquel 1980 en que La Palmilla tenía siete centros educativos. Hoy quedan sólo cuatro y la exclusión social de sus vecinos es cada vez mayor. López, que ha compatibilizado con éxito sus dos vocaciones, la docente y la cofrade —es el hermano mayor de la Archicofradía del Huerto de Málaga—, ha sido testigo de excepción de la evolución de un distrito que ha cambiado la pobreza extrema de los ochenta por otros fenómenos como el racismo o el hacinamiento en infraviviendas.

cotidiano con menores que sufren grandes carencias: "En otro colegio, cuando el niño llega a ti los padres ya han hecho el 60 por ciento. Aquí, generalmente, está todo por hacer y ya no es que no traigan valores, sino que muchas veces están cambiados y, a veces, ven la violencia como algo normal".

Un acto de violencia fue precisamente lo que mató al Pote, ex alumno del Gálvez Moll, hace menos de un mes. La víctima, de 27 años, falleció en un tiroteo provocado por una disputa vecinal. Es mismo día, la familia del supuesto agresor se marchó para siempre del barrio por miedo a una venganza. Huidas como ésta son las que sangran al colegio que dirige José López y que, hoy por hoy, tiene la mitad de alumnos que hace diez años porque la movilidad de los vecinos es muy alta.

Hay menos escolares y menos colegios y eso sucede también porque el 70 por ciento de los que viven en el distrito Palma-Palmilla —integrado por La Palma, La Palmilla, 26 de Febrero, 720 Viviendas, La Virreina y Las Casas Matas— matricula a sus hijos fuera de éste. Otro fenómeno es el de los traslados de alumnos cuando llegan a quinto de Primaria. "Sus padres se los llevan fuera para que luego puedan continuar con la ESO en algún instituto que no sea el de la barriada", añade López.

Son 17 los maestros del Gálvez Moll que, sin faltar el respeto al resto de compañeros, consideran que lo que se hace fuera es como "jugar a las casitas" en comparación con su tarea cotidiana. Son profesionales como Paqui López, Carmen Fernández, Ana María Caro o María José Gómez que, unidos como una piña, hacen posible el milagro cotidiano de ser docentes en La Palmilla, algo de lo que no todo el mundo es capaz. Aún recuerdan el caso de un maestro que se derrumbó hace dos años cuando sólo llevaba dos días en el centro y que con lágrimas en los ojos renunció a su plaza.

Ellos quieren un futuro mejor para sus niños y no están solos en su lucha. Los Servicios Sociales del Ayuntamiento, muy activos en el barrio, les ayudan. Y la biblioteca municipal —paradójicamente, la que más fondos tiene de Málaga— abre sus puertas cada día para acoger a los alumnos que no pueden hacer sus tareas en casa.

Hay logros importantes, como una reducción del absentismo escolar, que les llena de orgullo. Pero aún hay "niños mueble que no saben ni escribir su nombre", o niñas gitanas que dejan los estudios a los 13 o 14 años, en cuanto "las piden". Y surgen nuevos males, como un racismo exacerbado hacia los inmigrantes que llegan al distrito, o un consumismo atroz. Algunos niños explican que su padre se compra un coche nuevo en cuanto se lo rayan y otros les preguntan a sus profesoras que por qué no llevan encima joyas de oro o que cómo pueden llevar un teléfono móvil tan antiguo, que "parece un zapato". Y sus caras, las de las maestras, son todo un poema porque lo tienen todo por hacer.